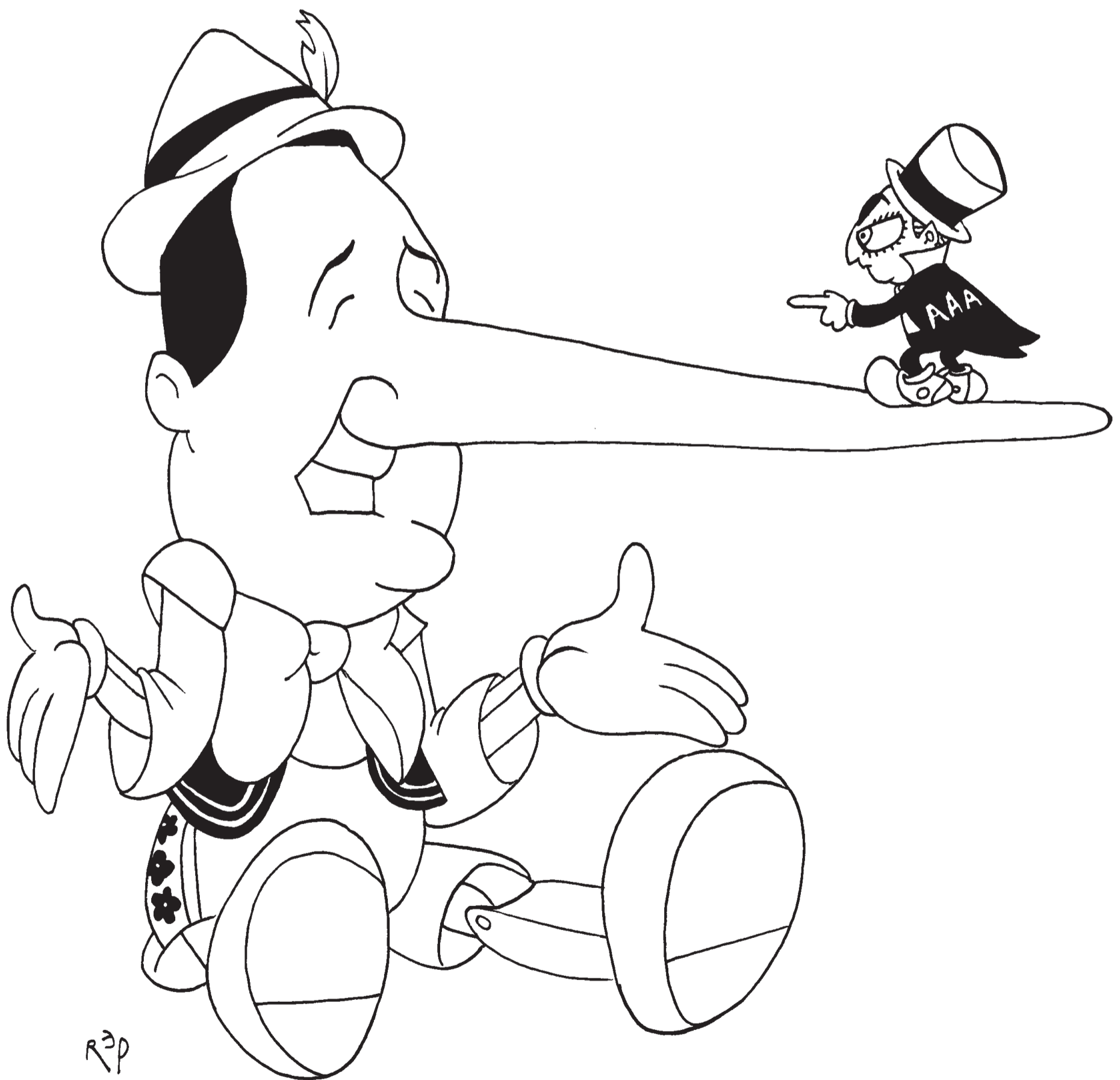


Peronismo

• José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

119 Perón habla claro: “Formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato”



FELIPE ROMEO, NI EL POLVO DE TUS HUESOS

Leer *El Caudillo* era una experiencia horrible. En principio implicaba certificar que el peronismo podía ser cualquier cosa, hasta la más espeluznante. ¿Qué era el peronismo? ¿Eso que se leía en *El Caudillo* o lo que se leía en *El Descamisado*? La revista (un dato imposible de no tomar en cuenta) aparece al (muy) poco tiempo del *Documento Reservado*. Es arduo no relacionar una cosa con la otra. Su consigna central no le pertenece. Ya los yaniks decían en el siglo XIX *el mejor indio es el indio muerto*. Y durante la guerra del Pacífico *el mejor japonés es el japonés muerto*. La otra consigna central (arrancada de las entrañas de la Alemania nazi) era: *Hacia mil años de nacional justicialismo*. Lo que tiene de original es la sección “¡Oíme!” que escribe el propio Romeo y en la que anuncia asesinatos, amenaza a quien se le canta, o se alegra sádicamente por algunas muertes violentas; la de Ortega Peña, por ejemplo. Es tan obsceno, tan hediondo ese festejo que la Cámara de Diputados intenta enjuiciar a Romeo. ¡Ja! En julio de 1974, con Lopectivo y la bobia pérfida en el gobierno, con los sindicatos respaldando todo, con la Triple A desbocada, con muchos tipos del PJ que saben qué hay que hacer y qué tiempos corren. Con todo eso, no prospera el juicio y Romeo se siente todavía más impune, sin ataduras. La revista solía poner títulos que empezaban en la tapa y se resolvían en la contratapa. Por ejemplo: Tapa: *El que le teme a la Triple A*. Contratapa: *Por algo será. O también: Isabel no es la beredera de Perón*. Este título era un hallazgo periodístico. Un se preguntaba: ¿se volvieron contra Isabel? ¿Cómo se atreven a decir que no es la heredera de Perón? ¿Se volvieron montos, enloquecieron? Y tenía que comprar la revista o darla vuelta y mirar la contratapa si el diarioero no lo puteaba. La contratapa decía: *Es Presidencia por mérito propio*. El que se refería al enfrentamiento entre Perón y la Tendencia el 1º de mayo de 1974 decía en la portada: *Imberbes/ Mercenarios/ Asesinos*. Y en la contratapa: *¿Lo dijo Perón!* Y así era: lo había dicho Perón. En esa época en que el verticalismo era la ética fundamental del movimiento, en que la palabra del líder era la palabra de todos, decir *lo dijo Perón* era decir ésa (la que Perón dijo) es la verdad, ya que Perón era, como hemos visto, el enunciador principal y único, y de sus labios salía, sin más, la verdad.

Le pedí a Sergio Kiernan un retrato de Felipe Romeo. Sergio es un constitucionalista liberal y un empecinado antinazi. No es casual que haya sido él quien descubrió en Buenos Aires al Felipe Romeo del final. Pero lo había conocido antes, en Madrid, en la mesa de Casildo Herrerás, y a la que sólo Sergio, tratando de conocer al director de *El Caudillo* y disfrazado de hippie intelectualoso, era capaz de sentarse. Para quienes no lo saben o lo olvidaron: Casildo Herrerás es el autor de una frase célebre de la historia política y sindical argentina. El 22 de marzo de 1976, en su función de secretario general de la CGT, viaja (o se raja) a Montevideo. Hay una reunión de la ALF-CIO, ésa es su excusa. Algunos periodistas lo alcanzan y le preguntan sobre la situación del país. Herrerás dice que no sabe nada, que se ha desconectado de todo. Y cierra con una frase que de concluyente lo tiene todo: *Me borré*.

(Aclaro que Kiernan me dice “Kant querido” porque mi mail es “kant”, algo que le hace mucha gracia –a mí también– y le añade “querido” por eso de los ochenta: “Saúl querido, el pueblo está contigo”). Aquí va su mail: “Kant querido, sobre Romeo: Era un desaforado, alguien con verdaderos problemas mentales. Lo conocí en Madrid, en junio de 1980, cuando empezaba el verano pero ya hacía un calor increíble. Yo venía de una temporada larga en Estados Unidos y como todo el mundo tenía amigos en España, un compañero del industrial, ahora baterista, y el padre de otro amigo, que vivía en Buenos Aires. Este último, que me conocía de chico, fue quien me mostró Madrid, me aconsejó y presentó gente, se ocupó de que estuviera cómodo. Supongo que le hacía bien tener a alguien de la edad de su hijo y ligado a él.

”Henry –no se llamaba así pero todos le decíamos así– era un personaje de película italiana, un hombre muy desmesurado en sus pasiones. Había trabajado siempre en medios y publicidad, y a la vuelta de Perón termina en alguna función en la Secretaría de Medios de Presidencia. A poco de asumida Isabel, renuncia, vende todo y se va a España. Nunca me explicó exactamente cómo ni por qué, pero por comentarios sueltos siempre tuve la impresión de que terminó teniendo miedo de la gente para la que trabajaba, de qué podían hacerle y, tal vez más, de qué podían obligarlo a hacer.

”Un viernes me llama y me invita a ‘tener una experiencia muy especial’.” Quería que lo acompañara a una cena con personajes del exilio argentino. Le dije que sí, por acompañarlo y por curiosidad, y me advirtió que yo tenía que hacerme el tonto: ‘Vos no sabés nada de política, vos sos un hippie, un despistado que no tiene idea, ¿entendés?’. Henry fue muy firme en estas condiciones. Yo tenía 21 años, barba y anteojos, el pelo ya largueando, con lo que daba el personaje sin problemas.

”El restaurante era una esquina oscura, vieja, linda del cen-

tro de Madrid, la zona que rodea la Gran Vía y por entonces todavía parecía casi totalmente del siglo 19, con farolas y balcones de reja. Estaba por atrás de la Calle de la Luna, cerca de la Telefónica, y tenía una rareza, que no se podía ver nada desde afuera porque no tenía ni ventanas ni vidrieras. Al llegar uno veía un local revestido en maderas viejas muy bien torneadas, con una puerta y un portero bajo los faroles.

”El salón era bajo y antiguo, muy agradable, decorado hacía décadas y jamás vuelto a tocar, la clase de restaurante de habi-tués que se va poblando de fotos en las paredes. Era un lugar que olía muy bien, a aceites y salsas, como huele una buena cocina española. En el centro había una mesa larga donde ya estaban varias parejas. A la cabecera, un hombre alto y entre-cano, bien vestido, que era Casildo Herrerás.

”Henry saludó afectuosamente a Herrerás y me presentó. Luego me presentaron a los demás comensales, que eran todas parejas cincuentonas o más. Todos menos un treintañero con una melena discolá, de anarquista, nervioso, sacado, visible-mente inquieto y tratando de controlarse. Era Felipe Romeo.

”La comida fue buena, como puede serlo en España, y la conversación tranquila y casi apolítica. Parecía un club de viejos amigos que se reúne regularmente –creo recordar que era una vez al mes– con sus mujeres, y no tienen tanto que decir-se. Como yo era de lejos el más joven y podía ser hijo de cual-quiera de esas parejas, me trataban con mucha amabilidad pero no me daban mayor bola. Excepto Romeo, que no conse-guía controlarnos y peroraba contra zurdos y judíos, mirán-do-me fijo cada vez que decía ‘zurdo’. Recordando el consejo de Henry, yo no reaccionaba. Cada tanto, Herrerás, que era obviamente el dueño de casa, lo calmaba.

”Finalmente, para el café, Romeo se pasó de rosca y Henry lo paró. Romeo recurrió a Herrerás con una frase que no olvi-daré: ‘Esta bien, disculpen, pero Casildo... si te encontrás en un tiroteo en una calle oscura con él y conmigo, ¿a quién le tirás? ¿No es cierto que a él?’.

”Herrerás se quedó callado mirándolo como a un loco y le contestó que ya no había tiroteos y nadie iba a calles oscuras. Estaba realmente disgustado.

”Muchos años después hago la nota sobre la empresa que restauró la cúpula en Rivadavia. Curiosamente, hacemos fotos pero nunca conocemos a los dueños. Varios años después, me entero de que el restaurador de cúpulas es Romeo. Confirmo su identidad con una persona que trabajó con él, un pibe joven que sólo sabía que ‘había estado en política’ y que era un pesado. Romeo no pagaba cuentas mostrando armas y apre-tando a sus acreedores, porque ‘vos no sabés con quién estás hablando’. Y tenía manías erráticas como arengar a los albañi-les y exhortar los a que ‘sean valientes!’

”Cuando publicamos en el diario quién era, se fugó. Nunca logré hablar con él antes de publicar.

”Anduvo prófugo por Brasil y luego vino a Buenos Aires a morirse en un hospital público, arrestado. Tres meses después de muerto su cuerpo seguía sin que nadie lo reclamara. Lo más increíble es que murió de sida.

”Un abrazo, Sergio Kiernan”.

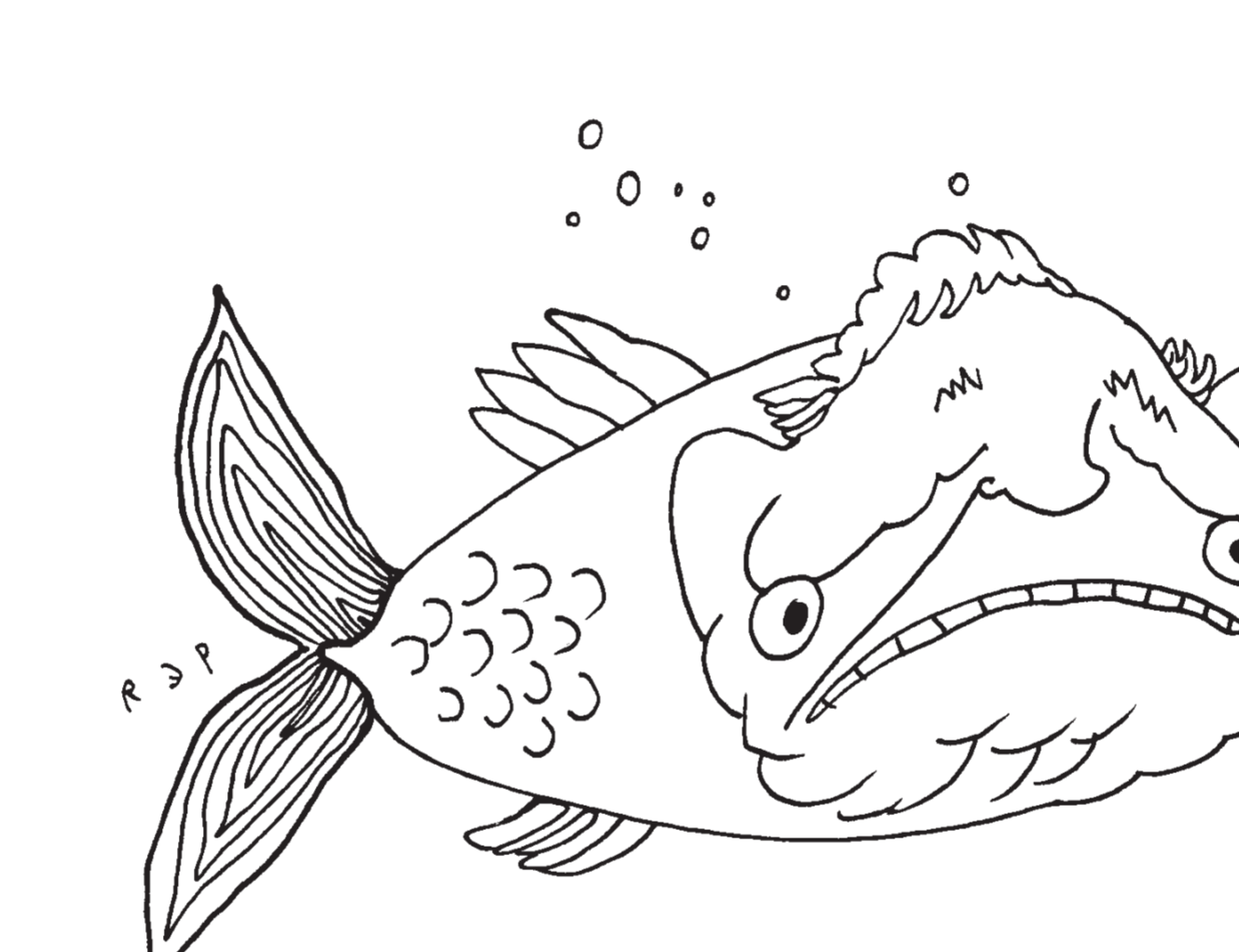
Habrán notado la exquisitez del texto de Sergio. No en vano es no sólo un gourmet de primera línea sino también un gran erudito en arquitectura, de aquí la hermosa descripción del restaurante donde encontró a Casildo y al loco asesino que todavía soñaba con judíos, zurdos y tiroteos en callejones oscuros. De sus editoriales algunos tal vez resulten risueños por el grado de primitivismo, de cavernicolismo que expresan. Sólo un cavernícola puede escribir: “Su excelencia, la señora María Estela Martínez de Perón es hermosa. Hasta ahora no se ha dicho (...) Sin mezclarlo con esas tristes manifestaciones de la decadencia que se expresa como feminismo. El feminismo es el reducto de las mujeres sin esperanza, marxistas activas y lesbianas. Y, por sobre todo, feás”. Pero otros, y la mayoría, se expresan en el tono sanguinario que impulsa a la masa-cre impiadosa: “El diálogo, hoy por hoy, es estéril. El diálogo es traición. La sangre nos separa. Sólo la desaparición física del enemigo nos dará la victoria” (23/10/1975). Y por último: “Para combatir este tipo de guerra, las fuerzas de seguridad deben despojarse de todas las trabas mentales y legales que les atan las manos. El código penal en muchos casos es insuficien-te. El que las hace las tiene que pagar (...) La única guerra fija en la guerra moderna es la falta de reglas” (noviembre de 1974). Los textos han sido tomados de la edición de *Clarín* del 5 de mayo de 2009 en que se anuncia la muerte de Romeo. Aún está en la morgue, helado. Nadie se atreve a reclamar su cadáver. A dar la cara. A enterrarlo piadosamente. Es difícil imaginar un caso más extremo de vergüenza social. Algún familiar debe tener Romeo en el mundo. Hasta ahora, ninguno que se atreva a confesarlo. A decir que tiene algo de la sangre que corrió por las venas del paranoico asesino. *Si es Felipe Romeo, el peor pariente es el pariente muerto*.

“LA NACIÓN” Y PERÓN, UN SOLO CORAZÓN

A poco de volver Perón, otra vez las siempre tranquilizado-ras, amables tapas de la revista *Cabildo* volvieron a verse en los

kioscos. Desaparecidos los rostros y los cuerpos de Barbara Bouchet, Marisa Mell, Edwidge Fenech, Margaret Lee, Gloria Guida y otras chicas, ocuparon ese lugar las tapas de *Cabildo* y demás revistas de ese calibre, aunque ninguna llegara a las alturas de odio y latente violencia de la esencial de todas. La primera tapa de nuestro nacionalsocialistas nativos decía: “Hay que intervenir las Universidades”. Estaba toda la derecha de acuerdo. Si se siguen los comentarios de *La Nación* desde el 21 de junio en adelante, se verá la pasmosa plasticidad de esta perdurable opción política, la que en la Asamblea de París se ubicaba en el otro extremo del de los jacobinos. El 24 de junio, *La Nación* dice: “El discurso que Perón pronunció el jueves por la noche *(al día siguiente de Ezeiza, JPF)*, por televi-sión, fue escrito en España y no en su residencia de Vicente López, como erróneamente se ha supuesto. En rigor, el texto que Perón traía en sus bolsillos para leerlo ante una enorme pero heterogénea muchedumbre en Ezeiza conservó íntegra-mente su esqueleto. Así ocurrió, y a pesar de los esfuerzos visi-ble-mente que frustraron su lectura al aire libre y a la más vasta concentración política realizada en la Argentina. Como era obvio, Perón tuvo que realizar algunos ajustes en la pieza ori-ginaria. Se sacaron unas palabras y se pusieron otras en calidad de derivación de un fenómeno tanto o más espectacular que la concentración en sí misma: la lucha armada, que dejó un saldo

iba a decir desde el palco. Menos agresivo, sin duda. Pero, en lo esencial, era ése. Perón no cambia en Ezeiza. Viene cambia-do. Lo de Ezeiza le cae como anillo al dedo para ser más duro de lo que esperaba. Sobre el raje a Cámpora, *La Nación* regis-tra una frase de Rucci al salir de una reunión con “el presiden-te que no fue”. La frase es excepcional. Define a Rucci y defi-ne lo que fue para la derecha la *primavera camporista*. Rucci dice: “Se acabó la joda”. Eso era todo: había sido una joda. Los chicos jugaron en el bosque en ausencia del lobo. El lobo había vuelto, estaba aquí, rugía. Basta, qué se creyeron. ¿Que iban a ver *Ultimo tango en París*? ¿Que las librerías venderían libros de Marx, de Lenin, de Paulo Freire, de Gramsci? ¿Que iban a poder comprar porquerías como *Playboy* o *Killing*? ¿Ver películas europeas siempre puercas, siempre contra la familia, el amor puro, la religión? ¿Esa pequeña burguesía subversiva y pajera! A los obreros nada de eso les importa. ¿Isabel Sarli? ¿Que los obreros son felices viendo a Isabel Sarli? ¿Que Armando Bo es popular y hace porno para los pobres? ¡Mierda hace! Eso no da felicidad a los obreros, los distrae de sus tare-as. “¿Se acabó la joda!” Se acabaron las tomas de fábricas. Los retos a la policía de ministros retoños al servicio del marxismo internacional, que desea alterar el orden y requiere para eso que los defensores de ese orden se vuelvan cándidos, santos con armas de adorno. Se acabaron los discursos contra los



Gelbard, nada.

Estados Unidos de embajadores estrella que anhelan promo-cionarse de la noche a la mañana. El asalto a las universidades, basta. No queremos una universidad de bolches, de guerrille-ros. Se tiene que acabar la presidencia de ese pobre dentista que se dejó llenar la cabeza por el verso satánico de los zurdos. Y *La Nación* dice que Rucci dijo: “El eslogan ‘Perón al poder’ encierra un contenido que debe convertirse en realidad, para lo cual la Central Obrera va a aportar todos sus esfuerzos” (*La Nación*, 13/7/73 en Galasso, ob. cit., p. 1211). El eslogan “Perón al poder” no significaba “Perón al Gobierno”, sino otra cosa que Rucci y todo el sindicalismo peronista no deseaba: el poder, no el gobierno. Ellos querían el “gobierno” para mejor negociar con el “poder”. Y si en el “gobierno” estaba Perón, la cosa era perfecta. La diferencia entre “gobierno” y “poder” es muy clara. Durante los días en que estos textos son escritos se ve traslúcida. El “poder” busca erosionar a un “gobierno” al que con toda intención identifica con el “poder”, para presentarse a sí mismo como el débil que enfrenta al fuerte a través del periodismo “libre” que no se somete a ese poder. En verdad, ataca a un “gobierno” desde el “poder” y el periodismo no es libre sino esclavo o está, sin nin-guna duda, al servicio de ese “poder”, el viejo, perdurable “poder” de la Argentina, el del establishment.

El 2 de agosto, Perón ofrece un discurso a los gobernadores de las provincias. He aquí el laudatorio, entusiasta comentario de *La Nación*: “Perón ha tomado partido a favor de una, entre las facciones en pugna, pero lo sabíamos en realidad desde su

discurso del 21 de junio. *Ese discurso es el libreto madre*. Nada de lo dicho o de lo actuado públicamente por Perón, desde su llegada, ha sido incoherente con las definiciones contenidas en ese mensaje (...) En este sentido, quienes quieran seguir impu-tando a una desviación ideológica de López Rega o de otras personas influyentes, en el entorno inmediato de Perón, los giros a los cuales se ha aplicado últimamente el Movimiento, tendrán que realizar una proeza manifiesta” (*La Nación*, 4/8/1973. Citado en Galasso, ob. cit., p. 1220. Cursivas mías). En pocas palabras, los que anduvieron palabrotando con eso del Brujo maléfico y la teoría del cerco que sofocaba al líder justicialista tendrán que silenciarse, cerrar sus bocas tor-pes y mentirosas, escasamente imaginativas, creadoras de ju-ventos que a nadie han conseguido engañar, salvo a sus juvenci-tos seguidores. Pero los argentinos lo sabemos: el general Perón ha regresado para imponer el orden en la república por-que es, antes que nada, un militar, es decir, un hombre de orden, formado en la árida disciplina castrense, que debe ser modelo para la conducta de un país que requiere, en primer término, ordenarse, y luego marchar en paz hacia su induda-ble destino de grandeza. (NOTA: ¡Ay, misero de mí! ¡Ay, infelice! ¡que puedo reproducir así! tan fácilmente el discurso militar! el discurso oligarca! de nuestra patria dominante! tanto lo he padecido! desde mis años tiernos que está en mí clavado como



degger –con mayor precisión aún que en Sartre por sus influencias religiosas juveniles– el estado de-yecto del *Dasein* en el mundo se entiende como caída y pecado. Pues el Dasein no sólo no es fundamento de sí, sino que además cae en el mundo de la inautenticidad. Esta simetría entre Calderón-Heidegger-Sartre deberá ser explorada en algún momento. Hasta donde yo sé no se ha hecho.)

Durante la manifestación del 31 de agosto ante los balcones de la CGT –en que Perón, sonriente, saludó y bendice a todos– desfilan 896.000 personas. Cifra que da *La Nación*, ahora generosa. Y exultante afirma: “Hay que acreditarle a Perón un triunfo personal por sobre la violencia en que diaria-mente se debaten sus seguidores (...) Perón necesitaba demo-strar que su presencia sería suficiente para suspender, siquiera por un momento, el enfrentamiento entre sindicalistas y líderes de la juventud peronista. Lo consiguió”. ¡896.000 personas! “Lo objetivamente indiscutido es que sólo Perón pudo haberla reunido.” Pero *La Nación* no es optimista. Destaca la espléndi-da condición del líder para cohesionar lo incohesionable. Ese líder, ahora, es el suyo. Está con ellos. Es, en rigor, formidable. Pero no bien él se ausente lo peor volverá a estallar entre los peronistas. Así las cosas, en ese desfile ante el balcón de la CGT se vieron las caras los que matarán y los que morirán. “Dicho sea en forma más o menos figurada, el asesino y el hombre que va a morir desfilaron juntos ayer por las calles de Buenos Aires (...) Sólo la *extraordinaria jefatura de Perón* sobre un movi-miento de masas pudo compaginar de tal manera la marcha conjunta de facciones que últimamente se han mirado como a través de la mirilla de un fusil” (*La Nación*, 2/9/1973. Citado por Galasso, ob. cit., p. 1232. Cursivas mías).

¡La extraordinaria jefatura de Perón! Que una frase así se publique en *La Nación*, el gran diario del establishment, de la oligarquía agroganadera, bastión del más rancio antiperonis-mo, requiere cierto análisis. Acaso si la juventud peronista hubiera leído ese diario patronal y empresarial durante esos días, habría entendido a quiénes había venido realmente a ayudar su supuesto líder, a las órdenes de quiénes se había puesto o había decidido unir fuerzas. Porque hay una regla de oro en la Argentina. Todos nos equivocamos. Pero *La Nación*, no. No se equivoca ni en sus odios ni en sus amores. Exhibe, en ese aspecto, una luzidez implacable. Hay que apoyar eso. Aquello, no. No importa lo que haya sido o hecho Fulano, hoy juega de nuestro lado. Es nuestro. Es un gran hombre. ¿Perón fue un fascista que negó todas las libertades republica-nas y ofendió a la Iglesia Católica? Nos olvidamos. Hoy es un líder extraordinario. La garantía de la paz y del orden en la Argentina. Señores, a ver si nos entendemos. Alguien, siem-pre, tiene que hacer la tarea. Nuestro amigo Mariano Grondon-a utilizará esta frase –que esgrimmimos un poco *entre nous*, como solía decir el general Mansilla en sus *causeries*– para defender, hacia fines de 1974, al señor López Rega. No nos preguntemos si ese señor es de nuestro agrado. La pregunta es otra: ¿qué tarea está haciendo? ¿Está haciendo la tarea esencial que requieren nuestros intereses, que son los de la patria? Si la está haciendo, ese señor es nuestro hombre. Más aún si la tarea es una tarea sucia y nos evita la contrariedad o (se nos permitirá decir) el tedio de ensuciar nuestras manos con san-gre de rojos, como antes de ácratas, indios y gauchos. Por favor, dejémoslo. Él es –hoy– el elegido. De aquí que nuestro gran hombre de ideas, el doctor Grondona, titule su texto *Meditación del elegido*. Pero no nos adelantemos. Hoy, el elegi-do es el general Perón. Sólo nos ha pedido su uniforme, su ascenso a teniente general, algunos pesos que le teníamos blo-queados y los oropeles, los relumbrones debidos a un Presi-dente. En fin, tan poco, tan desmedidamente poco. Le podrí-amos haber dado más. Pero está satisfecho. Ahora nos hace la tarea. ¡Qué gran hombre, que extraordinario líder de masas, qué estadista! Se lo diremos hasta que los mate a todos. Si no puede... En fin, la patria siempre tiene a sus Fuerzas Armadas, su último bastión, su amparo incommovible.

Algunos textos más: *La Nación* del 27/9/1973 señala seca-mente que, en el sepelio de Rucci, los hombres de la CGT rechazaron la ofrenda floral enviada por la Universidad de Buenos Aires. Claro que sí: ¿o no seguía esa institución en manos de los rojos, de los zurdos asesinos y con un comunista como Rodolfo Puiggrós al frente y otro comunista como Mario Kestelboim injuriando a la cristiana Facultad de Dere-cho con ese apellido judío que, unido a su ideología foránea, lo tornaba por completo indeseable? Basta, hay que intervenir esas casas de estudios. Reclamo en que el diario del establish-ment se une a los nacionalistas de *Cabildo* y a todo el peronis-mo de derecha (con *El Caudillo* como usina ideológica) en un proyecto de limpieza ideológica de las universidades que logra-rán recién con Perón muerto. *La Nación* festeja con alboroto republicano y democrático el aplastante triunfo electoral de Perón en septiembre de ese año. ¡7.400.000 votos!, se entu-siasma. Perón los ha conseguido para ellos. ¿Cómo no apoyar-lo? Dicen: “Perón tiene (en ellos) suficiente sustento para dis-tanciarse francamente de los grupos más radicalizados de la izquierda” (*La Nación*, 30/9/1973 en Galasso, ob. cit., p. 1249). En su edición del 5 de octubre sigue festejando el gran

triumfo electoral y advierte a los estudiantes universitarios que no se confundan. Que no anden por ahí cantando: *Puiggrós, Perón/ un solo corazón*. Que se trata de un error. Se equivocan. No es así. Y advierte que el país está “asistiendo al desarrollo de una ofensiva, contra un sector ideológico, que según todos los cálculos puede superar en dureza a los momentos más severos de la revolución de junio de 1966” (*La Nación*, 5/10/1973). En resumidas cuentas: que la noche de los bastones largos va a ser un cuento de hadas en relación a lo que se prepara y se viene. Por fin, comentando el discurso de Perón en la Plaza de Mayo al asumir la presidencia (el discurso del vidrio blindado) se complace en su acuerdo total con las palabras del líder. Y dice que esa plaza, la de ese 12 de octubre, expresa un alejamiento definitivo de la otra, la del 25 de mayo de ese año, 1973, que vio al peronismo del caos, del desorden, del agravio. El discurso de Perón –lejos de todo eso– “fue un discurso breve, sin agravios, ni concesiones demagógicas”. Y concluía con una certidumbre inconvencible: “Perón ha vuelto al poder como el hombre del orden” (*La Nación*, 14/10/1973 en Galasso, ob. cit., p. 1253).

CUESTIONES TEÓRICAS: LA ÉTICA DE LA DERECHA

¿Hay una ética de la política? ¿Es ético que el enemigo de ayer sea el amigo de hoy? Importa analizar qué tipo de ética predomina en la política. Aquí, la derecha puede dar clases a la izquierda. Será porque la derecha tiene muchos intereses que conservar. Por algo (a los derechistas) se les suele decir “conservadores”. Será porque los intereses que requieren conservar tienen que ver con la riqueza. Es decir, con la posesión de mercancías. De valores materiales. Todos los valores materiales refieren a uno que –en tanto valor– los representa a todos: el dinero. A su vez, el dinero refiere a los metales preciosos. El *patrón oro*. Los intereses de la derecha son cuantitativos. Al serlo, los compromisos de tipo espiritual –componente que sería difícil extraer de cualquier moral humanista– no le son relevantes. El concepto de interés –para la derecha– se refiere únicamente a la riqueza. *Es bueno aquello que colabora a cuidar, sostener, conservar o aumentar mi riqueza*. La tasa de ganancia es el alma del capitalismo. En suma, el lucro. De aquí que su ética sea una ética de medios y de fines, en la cual los medios están al servicio de los fines. *De los fines de lucro*. Esto –que asegura, en gran medida, su poder y su triunfo contra adversarios más sentimentales– se le vuelve en contra en circunstancias en que su avaricia produce excesiva pobreza. La derecha no sabe combatir la pobreza repartiendo su tasa de ganancia. Sería reducirla. Algo que no puede concebir. Si la tasa de ganancia decae todo está en peligro. Ergo, entre paliar la pobreza y reprimirla, elegirá reprimirla. Cuando clama por la “seguridad”, lo hace por la “seguridad” de su riqueza. La “seguridad” es un concepto de derecha. Pide “seguridad” el que tiene algo que “asegurar”. También el 24 de marzo de 1976 la derecha reclama “seguridad”. Para otorgarle esa “seguridad”, los militares inauguran la era de la “inseguridad nacional”. No habrá “seguridad” hasta que sean aniquilados todos aquellos (todos pero todos) que representen alguna “inseguridad” para los poseedores. Ese miedo que instala la dictadura militar permanece en los pliegues de la sociedad. Pero la derecha no puede frenar su sed de ganancias y no sabe repartir su riqueza, por excesiva que sea. Sobreviene entonces una “inseguridad” que no fue la que primariamente vinieron a combatir los militares. La delincuencia. Aquí, la derecha pide seguridad contra ellos, los delincuentes que su ambición de ganancias y el sistema económico implantado para satisfacerla han creado. La delincuencia es una creación de la derecha. Es tanto lo que requiere aumentar su tasa de ganancia que hunde en la pobreza a millones de personas. Estas personas (o muchas de ellas) se transforman en delincuentes y amenazan la seguridad de los buenos ciudadanos. Ahora, la derecha pide por la seguridad de su vida: no quiere que un pobre (que se ha transformado en ladrón callejero) le quite la “vida”. Que, esto lo sabe

bien, es la condición de posibilidad de su riqueza. Un rico muerto no es un rico. Es un cadáver igual que cualquier otro. Hasta igual al de un pobre, un horror. Pide, entonces, seguridad en las calles. Y, al mismo tiempo, seguridad en sus casas. Y, al mismo tiempo, seguridad social. Lo que da por resultado: *un país seguro para sus inversiones*. Porque todos son intereses. Mercancías. Su vida es una mercancía. El rico se identifica con su objeto: la mercancía. Se cosifica. Las calles son los espacios por donde circulan las mercancías ciudadanas. Los seres humanos, ante todo, que son mercancías, pues el sistema de mercancías los ha cosificado. Todo lo que se ve en las calles son mercancías. Y luego las otras mercancías: automóviles, policías, mercancías en las vidrieras, relojes en las muñecas, prostitutas, lo que sea. El mundo es una mercancía. La derecha las acumula en tanto valores. Para eso pide seguridad social y un país ordenado (recordemos: *a eso vino Perón*). En un país en que reine el orden se desenvuelve libremente lo más libre que hay: el libre mercado. *La realidad humana en tanto “mercado”, he aquí la antropología de la derecha*. El “mercado” se regula por sí mismo. ¿Qué significa esto? Que los más poderosos se devoran a los más débiles. Son libres de hacerlo. Luego, que los más poderosos pueden unirse a otros poderosos y formar *grupos*. Los grupos son los monopolios. Los monopolios son formaciones libres del mercado. Cada monopolio se ha devorado a su anterior competencia: la eliminó o la eliminó absorbiéndola. El mercado es así: libre. ¿Por qué impedirle a alguien que derrote a su competencia y la incorpore a su estructura de poder? A su vez, un monopolio suele entablar negociaciones con otros monopolios. Al unirse forman los oligopolios, que son monopolios de monopolios. El mercado se reduce. Por fin, queda en manos de dos o tres oligopolios. La palabra oligopolio proviene del griego *oligoi*. Esta palabra –con total coherencia– significa: *pocos*. Siempre esta situación es grave para todos menos para los oligopolios. Si se trata –por ejemplo– de oligopolios mediáticos, la “verdad” queda muy reducida en sus posibilidades de expresión. La “verdad” se establece en relación a los intereses de tres oligopolios. Que, al ponerse de acuerdo, elaboran una sola “verdad” que la población suele comerse sin advertirlo. Así es el mercado: libre. Así es el mundo: libre. Libre para los intereses de los poderosos. Que son la derecha. Volviendo a *La Nación* y al peronismo encarnado en el anciano y ahora venerable general Perón. Desde el 21 de junio, *La Nación* advierte que Perón ha venido a proteger sus intereses. Es posible que lo supiera desde antes, desde mucho antes que todo el país y que los pibes de la Jotapé que se arriesgaban por Perón haciéndole la campaña electoral. Se la hacían, también, a *La Nación*. El pacto fue: usted vuelve pero nos ordena el país. Ya lo hemos dicho. Ya lo sabemos. ¿Quién sino *La Nación* (en tanto encarnaba los intereses de los grandes empresarios, de la Iglesia y del Ejército) podía saber que el discurso del 21 de junio Perón lo había redactado en Madrid? Por supuesto: a eso venía. Por eso regresaba. Se le había dado la oportunidad de frenar a sus jóvenes discípulos porque (pensaban) podrían evitarse así la sanguinaria tarea de imponer ellos el orden y cargar con el consecuente desgaste de toda matanza. Mejor que *eso* lo hiciera Perón. En suma, volviendo a la cuestión de la ética. La derecha tiene una. Cómo no. Desde luego. Es una ética de intereses. *Es bueno aquello que proteja, conserve y aumente mis intereses*. Es una ética alimentada por el egoísmo de la competencia. En la competencia mi interés es derrotar a mi competidor. Una vez que lo derroto trazo nuevos fines para mis intereses. Insistamos: es, entonces, una ética de fines: de fines de lucro. Todos los medios son legítimos en la medida en que se orientan hacia el fin de todos los fines: el de mis intereses. Todo se pone al servicio de ellos. Si lo bueno, lo mejor y la verdad son los valores de una ética, lo bueno, lo mejor y la verdad son, para la derecha, sus intereses. Que son sus ganancias. Llegamos, así, a la gran conclusión. La ha dicho claramente el gran país del capitalismo en el siglo XX (y hasta ahora) también en el XXI: *Los Estados Unidos no tienen alia-*

dos ni enemigos permanentes. Sólo tienen intereses permanentes. ¿Cómo no iba a ser peronista de Perón *La Nación* en 1973? Perón, ayer, fue su enemigo: atacó sus intereses. Ya no lo es: hoy los defiende. Hoy es su amigo. Y *La Nación* –tal como Perón dijera en su memorable *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*– también cree en esa frase de aliento maoísta: *Al amigo todo, al enemigo ni justicia*. Lo demostrarán los militares del 24 de marzo de 1976. Esos campeones de la seguridad del establishment. Y de la inseguridad de todos.

PERÓN LES PEGA UN RETO TELEVISIVO A LOS DIPUTADOS DE LA JOTAPÉ

La tempestuosa reunión de Perón y los diputados de la Jotapé se realiza bajo la sombra cercana del nefasto ataque del ERP a la guarnición militar de Azul, que tiene lugar el 19 de enero de 1974. Ya hemos hablado de este operativo y volveremos a hacerlo. Aquí lo mencionamos en tanto encuadre poco adecuado para la reunión de tipo político que los diputados de la Jotapé pretendían sostener con Perón. Había una asimetría incómoda entre el ERP y lo que –en ese momento: enero de 1974– buscaban los jóvenes peronistas. Los de Santucho seguían con operaciones armadas. Y los Montoneros querían un lugar en el Movimiento y discutir medidas que tomaba el Presidente de la República, que era, además, el jefe de ese Movimiento. Aunque si de impedir los caminos de la política se trataba, mucho más efectivos habían sido los montos con el asesinato de Rucci que los erpios con lo de Azul. Sucede que lo de Azul potencia la promulgación de la legislación represiva y debilita todo intento de oponerse. Será sensato aquí observar para qué sirven los fierros. Objetivamente el ERP les da una mano formidable a los proyectos de la derecha. Tal como lo hará después con lo de Monte Chingolo, que fue la excusa perfecta para que Videla acelerara el golpe y la ciudadanía lo encontrara cada vez más justificado. Los favores del Robi Santucho a las fuerzas siniestras de este país son invalorable. En bandeja de oro y sangre les servía lo que necesitaban.

La cuestión es que el 22 de enero los diputados de la Jotapé buscan reunirse con el general para cuestionarle la legislación represiva. Llegan a la Casa Rosada y se llevan una considerable sorpresa. El encuentro, de privado, nada. Ahí están las cámaras de Canal 7 y si ahí están es porque el encuentro se va a transmitir en vivo. Perón inicia la modalidad del reto público. Que luego –en su correspondiente forma de comedia– va a repetir Isabelita con los sindicalistas en 1975. Los diputados de la Jotapé eran: Armando Croatto, Roberto Vidaña, Diego Muñoz Barreto, Jorge Glellel, Rodolfo Vittar, Aníbal Iturreta, Carlos Kunkel y Santiago Díaz Ortiz. Todo el país lo vio por la tele. Canal 7, blanco y negro. Los diputados alineados ante el líder y el líder detrás de un gran escritorio y muy bien flanqueado por quienes ya era harto evidente eran sus hombres de confianza: López Rega y Raúl Lastiri, al frente de la Cámara de Diputados desde que el general asumiera. Perón empieza a hablar. Se lo ve adusto, con cara de perro con ganas de morder y de morder duro. Dice: “Muy bien, señores. Ustedes pidieron hablar conmigo. Los escucho. De qué se trata”. El diálogo es largo. Porque, pese al malhumor del líder, llega a ser un ejercicio de ida y vuelta. Los diputados dicen lo suyo. A veces parecieran humillarse casi. Pero se rehacen y repiten lo que quieren que oiga el líder. Sin embargo, Perón se irá endureciendo hasta plantear las cosas en términos extremos. Para él se trata de actuar dentro o fuera de la ley. Quiere actuar con la ley. Aunque si lo continúan atacando puede ocurrir lo contrario. Porque...

–Si nosotros no tenemos en cuenta a la ley, en una semana se termina todo esto, porque formo una fuerza suficiente, lo voy a buscar a usted y lo mato.

No recuerdo a quién miró cuando dijo esto. Al que fuere, del frío se le habrán apichonado las pelotas.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

**La Jotapé “Lealtad”:
¿un peronismo sin
montoneros o la
simple expresión del
miedo a morir?**